

Enrique Amorim

Romance del contrabandista negro ⁽¹⁾

Negro peón de las horas,
carrero de cargas lentas
—esponjadas de vellones
de mil difuntas ovejas—.

Carrero que pone pausas
de caña, por carreteras
alargadas de veranos
que hacen añicos las ruedas.

Carrero que en el invierno
recorre las negras huellas
con un paso de esqueleto
que calza rotas espuelas.

(1) Enrique Amorim es uno de los escritores jóvenes de más calidad de la literatura uruguaya. *El Paisano Aguilar*, novela de campo, publicada en la editorial *Los Amigos del libro Rioplatense*, mostró la magnífica fuerza interpretativa de este novelista. *Paisano Aguilar* es la novela del gaucho, pero del gaucho tomado en su propia realidad, después de las múltiples transformaciones sufridas por el habitante de la pampa en su contacto con el extranjero. El romance que damos es una muestra más de la fina sensibilidad de este escritor.—(N. de la D.)

Filtra el silbido los montes,
despertando por las selvas
las ánimas empapadas
de rocíos y de estrellas.

Madura el viaje en los ejes
y se pudren en las carretas
tabaco de contrabando
de las tierras brasileñas.

Embiste el pértigo agudo
las murallas de las leguas,
mientras los bueyes cansinos
vagos establos husmean.

El horizonte y el yugo—
dos paralelas perfectas—
cierran el arco del cielo
y la carreta se adentra.

Negro peón de las horas
el destino jinetea
y ya viejo, sólo sabe
del corcovo de las sierras.

Si su labio se humedece
porque lejana recuerda,
la caliente pulpería,
los ojos del alma cierra,

muerde el cigarro de chala,
se mete hasta las orejas
un sombrero, cuya forma
se la dieron las tormentas,
y mordiéndose los labios
picanea.

Pájaros libres del suelo
vuelan sobre su cabeza.
Golondrina vagabunda
cruza su aguda saeta
y en el instante la marcha
al parecer se aligera,
para volver de repente,
a tornársele más lenta.

Rumian distancias los bueyes,
el silencio es torvo y pesa,
mientras mastica, de negro:
bochorno, calma y páciencia.

A la entrada de los pueblos
los árboles se hacen señas
y hazañas de barro y paja
el horizonte le quiebran.
Cuando acechan sus espaldas:
intenciones de las puertas,
quijadas de callejones
y cerrilladas le esperan.

En el viento pasa el polvo
y en el viento va la flecha
del relincho de los potros
al blanco de la querencia.
El negro contrabandista
sobada tristeza deja
en los claros manantiales:
posadas de su pereza.

Las orejas del caballo
enhiestas, altas, alertas,
vibran igual que las llamas
de las fogatas despiertas.

Y, firmes, van hermanadas
en la noche, dos horquetas:
hacia el cielo, la que forman
las orejas de la bestia,
y para abajo la otra
tambaleante de las piernas
del negro que calza insomnio,
... insomnio, por estriberas.

El alquitrán de la noche
pasa por sus manos negras,
como pasan escarceos
del caballo por las riendas.

Rompe las mallas del día
el ímpetu de su empresa.

Al vertical sol de plomo
con broncos gritos arrea
y le han visto como tábano
a la hora de la siesta,
poner punta a la picana,
sacarle punta a su fuerza.

Contrabandista de sombras:
toda una vida te cuesta
ejercicio de la astucia
y escaramuza que juega;
que naipes hay escondidos
para toda tu ralea
y barajarlos acaso
las manos chamusca y quema.

Contrabandista del miedo,
viajero de incierta meta,
en el saco del pellejo
el valor contrabandeas.

Negro peón de las horas
salido de la frontera,
a dos patrias pertenece
la lenta carga que llevas.
Contrabandiando un destino
pasas por este poema.
En blanda cárcel te encierro
y mi recuerdo te premia.